

Matricidio y femineidad. La mujer creativa - melancólica

A través de las cuestiones cruciales de la sexualidad femenina, el lazo materno, la creatividad de la mujer, la bisexualidad psíquica propia de los dos sexos, es posible discernir no tanto la "esencia de la mujer" sino las diferencias en lo "femenino". Se trata de la singularidad de cada mujer envuelta en una hipotética "condición femenina". Las mujeres han sido sujetas a un proceso de masificación implacable, donde la mujer para poder hacer oír su voz ha tenido que conformarse a un canon universal constituido, lo cual obra insidiosamente borrando cuerpo y diferencias, deslizándose hacia la uniformidad.

En esta "banalización" de la mujer reside la causa principal de la marginación y el repliegue de ciertos movimientos feministas en un dogmatismo que muchas veces impide oír sus voces.

Es posible plantear un desarrollo analítico fundado en la hipótesis donde la relación de las mujeres con el pensamiento universal se encuentra sostenido por un dinamismo psicosexual diferente al de los hombres. Las rea-

lizaciones de las mujeres en las ciencias, las artes y en las letras llevan las marcas de esa diferencia.

Una autora como Kristeva (*Unes femmes*, 1975) trabaja con la deconstrucción de las identidades en la búsqueda de la singularidad de cada mujer.

Kristeva (2000) encuentra en la noción provocadora de "genio femenino" como expresión que da cuenta de este "incomensurable femenino". "El genio femenino: la vida, la locura y las palabras", es el título de la trilogía consagrada a tres mujeres: Hanna Arendt, Melanie Klein y Colette. Las tres llevan adelante su expresión creadora fuera de las corrientes dominante, de las instituciones, de las escuelas.

Es posible plantear un desarrollo analítico fundado en la hipótesis donde la relación de las mujeres con el pensamiento universal se encuentra sostenido por un dinamismo psicosexual diferente al de los hombres. Las realizaciones culturales en las ciencias, las artes y las letras llevan la marca de esa diferencia.

Freud en sus trabajos acerca de la femineidad (1931-1938), al designar a la madre como la seductora original y al pecho materno, como "el primer objeto erótico", no hace más que precisar lo señalado anteriormente. Con el destaque de la fuerte ligazón madre-hija, la seducción se liga a su abandonada *neurótica* ya que, efectivamente es la madre quien a raíz de los cuidados corporales provoca sensaciones placenteras en los genitales y, acaso las despierta por primera vez.

Hace ya largas décadas que reconocemos la importancia de un investimento libidinal en un espacio de juego especular, entendido no sólo en términos de percepción visual, sino también de reflejo a través del tacto, del olfato, de toda sensación primordial. Esta danza amorosa donde madre-hijo se estrechan y apartan, bien merece el nombre de *seducciones narcisistas recíprocas*.

La posibilidad de un espacio donde puedan jugarse en un movimiento alternado la seducción y la pérdida, consigue transformar la ausencia desesperada en presencia virtual, cuando el *infans* logra utilizar la presencia materna como pase hacia un lugar psíquico propio. Este es el comienzo de una actividad de simbolización incesante, nacida de las heridas traumáticas distintivas del devenir psíquico y de la búsqueda de un sentido para las mismas.

El primer periodo de la existencia del sujeto femenino se caracteriza por una fuerte unión fusional, de gran intensidad sensorial y erótica con el cuerpo materno, que está en el origen de la homosexualidad de la mujer y constituye el fundamento reprimido de su sexualidad. El cuerpo a cuerpo del infans con su madre está fuertemente marcado por la intrusión de esta madre en cada uno de sus orificios, anticipando la penetración que marca la sexualidad futura del sujeto femenino. Habrá que pensar en un fuerte lazo identificatoria intrusión- identificación con el objeto materno.

La niña permanece más tiempo en el Edipo y eso le quita según Freud fuerza e independencia a su Superyó quedando ancladas a un modo "primitivo" de expresión

de la culpa, poniendo de manifiesto el apego a los objetos de amor especialmente a la madre. Se abren los caminos a través de los cuales intenta apaciguarla, donde encontramos sometimiento, ciertas formas del masoquismo moral, a lo que sumamos las derivas melancólicas propias de estos encierros mortíferos.

Me interesa destacar como la relación entre el odio y la intensidad del deseo incestuoso defectuosamente reprimido, dejan al descubierto zonas psíquicas de tonalidad melancólico-masoquista, señaladas por una relación estrecha entre fragilidad narcisista y la precariedad de la relación con el otro; una identificación narcisista-melancólica con un objeto perdido, destruido, muerto. La huella de esas identificaciones narcisistas originarias, marcadas por el rechazo de la separación, de la pérdida, ponen de manifiesto el lugar fundamental de la identificación con ese primer otro, mal diferenciado, mal identificado, al modo del objeto arrastrado de la melancolía.

Se caracteriza por una forma singular de pérdida de objeto donde se recurre a una identificación con un objeto frustrante, odiado, nunca perdido por lo cual toda posibilidad para el deseo queda anulada.

Sumemos a ello la intensidad de los movimientos pulsionales, en un sistema donde queda obstaculizada la articulación amor-odio. Un odio desatado, mortífero, dirigido hacia una madre suprema, a la que se debe proteger, ya que, contrariamente a lo que se espera, la relación con la madre es celosamente conservada, sosteniéndose en sacrificios que no puede....

Esta situación melancólica condiciona a la mujer a una irreductible extranjería en el orden simbólico, que hace a un Edipo inacabado perpetuamente. Se manifiesta por una inclinación crónica a la depresión y a esos avatares suicidas que reflejan el rechazo a lo femenino. Esa virulencia devastadora sobre sí misma afecta los objetos más preciados creatividad, sexualidad, vida.

Cabe mencionar como esa suerte de extranjería del sujeto femenino ante el poder fálico y la abstracción supeyrica la inclinan hacia otros modos de expresión, si se quiere más poéticos dónde el sentido se envuelve en una expresión sensible.

De las mujeres destacadas por Kristeva en el estudio del genio femenino voy a tomar a Klein que ha sido la analista que ha dado cuenta en mi parecer, de un modo más acertado y sensible de los dolores y alegrías de las mujeres.

Muy pronto Melanie Klein se interesa por la sexualidad femenina. Freud había seguido el estudio de sus discípulos de ambos sexos tras proponer una nueva concepción de la femineidad en "Sobre la sexualidad femenina": (Freud, 1932)

Klein se muestra en desacuerdo con un apego arcaico persistente de una atracción "minúsculo-micénica" entre madre e hija anterior al Edipo. Refuta la idea de un idilio entre mujeres y acentúa la ambivalencia impregnada de un fuerte odio desde los mismos inicios de la vida.

Sabemos cómo el odio puede estructurar el amor maternal como un amor que autoriza el niño a vivir. Cuando

la separación no se logra, el estado de fusión se mantiene haciéndose imposible para el infans simbolizar sus propio sentimientos de amor y odio.

La capacidad simbólica del sujeto se organiza a partir de la pérdida de la madre, la cual en el reino de lo imaginario equivale a la muerte de la madre. El culto a la madre es en Klein un pretexto para el matricidio.

Sin el matricidio el objeto interno y la fantasía no se organizan, y la reparación se vuelve imposible.

Para el hombre y la mujer la pérdida de la madre es una demanda psíquica, un primer jalón de la emancipación del matricidio, se muestra como un imperativo, condición imprescindible de la separación, siempre que suceda de manera ajustada.

En Klein la vida de fantasía, el culto de la madre se invierte para convertirse en matricidio. La aceptación de la pérdida hace posible el acceso a la posición depresiva. En ausencia del matricidio el objeto interno no se constituye, la fantasía no se construye, y la reparación es imposible.

Cuando la violencia de la pulsión matricida se ve obstaculizada se introyecta en el objeto materno y en lugar del matricidio sobreviene la condena depresiva o melancólica del yo. Podríamos decirlo de esta manera: *para proteger a mamá me mato sabiendo que todo proviene de ella. De esa manera mi culpa y odio matricida quedan guardados y a salvo.*

La piedad y el remordimiento que acompañan la reparación por el objeto perdido llevan la huella del matricidio simbólico al cual esa reparación sigue remitiendo.

El remordimiento al cual asistimos muchas veces como analistas, resulta ser la voz audible de una cicatriz testigo del matricidio y de la reconciliación imaginaria que la mujer necesita para habitar sus sueños y su inconsciente.

Del mismo modo que el mito de Edipo iluminó las teorías de Freud, Klein se basó en el mito de Orestes (Klein, 1963) donde los crímenes u otros pasajes al acto más o menos agresivos signan el fracaso de un matricidio imaginario, única posibilidad que puede abrir el camino al pensamiento. La creación del pensamiento daría testimonio de una fantasía exitosa de matricidio.

En "En algunas reflexiones sobre *la Orestíada*" sin negar el Edipo de Freud, valoriza otra lógica de la autonomía subjetiva. En la tragedia, la muerte de la madre para Orestes resulta fuente de libertad, pero el precio serán los remordimientos simbolizados por el hostigamiento interminable de las Erinias. El asesinato de Clitemnestra entraña la culpabilidad de Orestes, pero el hijo alcanza con ese gesto una libertad extrema, así como la más alta capacidad simbólica.

Según la teoría psicoanalítica clásica la depresión como el duelo ocultan una agresividad contra el objeto perdido. La queja contra sí mismo es pues una queja contra el otro. En el trabajo analítico con pacientes con ciertas fragilidades yoicas es posible acceder a otra modalidad de la depresión. Lejos de ser un ataque hostil contra otro visto como frustrante, la tristeza sería allí la señal de un yo primitivo, vacío, herido. Su pena no esconde la culpa

contra un objeto decepcionante sino que esa tristeza es la muestra de una herida primordial, no simbolizada.

La posibilidad de un mayor acercamiento analítico a los odios y amores de una mujer con su madre, transcurre necesariamente en torno al trabajo de defectos acaecidos en el periplo identificatorio.

La decepción por parte de la persona amada que encontramos en el origen de la melancolía no conlleva como en la neurosis, un desplazamiento de la libido hacia un objeto nuevo, sino que ocurre una identificación del yo con el objeto perdido y la pérdida del objeto se transforma en pérdida del yo.

La identificación melancólica es más compleja, no se trata de la identificación con un objeto perdido, sino destruido, muerto y mal identificado es decir, sin una clara diferenciación entre el yo y el objeto. Así, es posible plantear cómo la relación que se establece entre lo femenino y lo melancólico impone la influencia, mediada por una identificación narcisista, de una madre siempre presente, nunca perdida.

Hago un pequeño paréntesis para recordar el carácter estructurante que el odio posee en la estructuración psíquica.

A pesar de su apariencia destructiva el odio vela por la conservación de un psiquismo en ciernes, denunciando poseer el mismo origen que su compañero el amor, las pulsiones sexuales. Estos dos afectos primordiales trabajando en una constante tensión de contradicción, en una

dialéctica sobre la que se funda todo encuentro subjetivo.

Las dificultades en la renuncia y el duelo resignan a modo de testimonio, identificaciones maltrechas marcadas por un odio desbordado que hacen pensar en una dialéctica amor/odio debilitada desde sus mismos orígenes, compartida con un intenso deseo incestuoso, defectuosamente reprimido.

Algunas mujeres permanecen prisioneras de un destino que no es el suyo y buscan en vano la ruta que les permitirá apropiarse de su propia vida, de su propia creatividad, de su propia historia. Sin embargo, algunas historias de análisis de mujeres dejan entrever brechas a través de las cuales es posible esta apropiación.

Si logramos acceder en un análisis a estas identificaciones de una indudable tonalidad melancólica, tendremos la posibilidad de que un odio engañosamente manifiesto y la decepción amorosa oculta tenazmente, cese de repetirse y logre expresarse en un lenguaje liberador, no exento de dolor.

Se trata de una lucha liberadora frente a identificaciones de tinte melancólico que la mantienen atrapada impidiendo oír su voz, voz propia, voz creativa.

Habitualmente se menciona la posición de sometimiento y humillación en la que queda ubicada la mujer al no ceder en la búsqueda de un reconocimiento narcisista. No pondría el acento en el goce que le aporta el sufrimiento sino más bien en el hecho de la dificultad que tiene la mujer a renunciar a la promesa de reparación por

el sufrimiento padecido. De ahí la insistencia en la búsqueda de los mismos objetos que la maltratan, tratando que algún día la amen.

Entendemos que aquí la compulsión de repetición no está a la búsqueda del sufrimiento sino envuelta en la posibilidad de desprenderse de un objeto que ama- maltrata.

El odio y el amor en la mujer toman sus propios matices marcados por el encuentro con la madre de los orígenes. Diría algo así: “*la protección que te ofrezco es la que he esperado de ti, de ti que me has abandonado, porque te he traicionado, o porque eso has creído.*”

Hacer por otro lo que esperamos de él, por convicción de no haberlo recibido nunca, es la forma más frecuente de actuar cuando las palabras no alcanzan.

Referencias bibliográficas

- Freud S. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Conferencias La feminidad, conf.33, 1932-1936. Tomo XXII, Amorrortu 1979.
- Klein M. *Envidia y gratitud*. *Algunas reflexiones sobre la Orestíada*, Ediciones Hormé. Buenos Aires 1971.
- Bouthours-Paillart C. Julia Kristeva. Adpf Ministère des Affaires étrangères. Mars 2006.
- Kristeva J, Unes femmes, El genio femenino.
- Uriarte, C. *Depresiones narcisistas en la neurosis*. RUP N8, 1998 p.55-56.

Recuerdo, imagen y alucinación

Llama la atención lo poco que dedicamos los analistas a trabajar en torno a la capacidad de recordar en análisis, más aún si tenemos en cuenta que el psicoanálisis se hace a la luz con el descubrimiento de la relación patológica con el pasado como causa de la psicopatología.

Los recuerdos e imágenes constituyen nuestra reserva de memoria, operan como fuentes y manantiales que nos hablan de la relación que cada uno de nosotros podrá o no mantener con su pasado. Más específicamente con lo infantil como testimonio de un tiempo marcado por las primeras representaciones sobre las cuales se ha operado un largo proceso de transformación y represión.

Nuestra memoria está hecha de fragmentos, de restos, de jirones y por ello como las ruinas se presta a nutrir nuestra nostalgia. Pero también es cierto que la memoria estimulada por los detalles perdidos se presta a dibujar nuestro futuro.

Aquella labor de albergar nuevamente un recuerdo en el pasado conduce a un trabajo psíquico similar a la